

VIAJE EN EL CIELO.

Fué en Venecia.

El antiguo palacio ducal de los Speranzi tenía abiertas las altas ventanas que daban al gran canal; el astro de la noche hacia cabrillar sobre las aguas un surco de pajitas de plata, y la inmensidad del cielo se desenvolvía más allá de las torres y de las cúpulas.

Cuando los músicos que iban una en góndola dieron vuelta al canal para deslizarse rumbo al puente de los suspiros, las últimas notas se perdieron en la noche, y Venecia pareció adormirse en aquel profundo silencio que ninguna colmena humana conoce, excepto la reina del Adriático.

El batir cadencioso del viejo reloj era lo único que perturbaba el silencio veneciano,

y quizá no hubiera percibido toda la profundidad del mutismo universal si no me invitara á ello la regular oscilación de un aparato destinado á medir el tiempo. Su golpear monótono marcaba el silencio, y consecuencia rara, le aumentaba.

Sentado en el alféizar de la alta ventana contemplaba el disco reluciente de la Luna que dominaba en un cielo azul lleno por completo de su luz, y pensaba en que ese astro de las noches, en apariencia tan tranquila, avanzaba un kilómetro en el espacio á cada batir del reló.

Ese detalle me llamó la atención por primera vez con alguna fuerza; acaso por la soledad que me rodeaba.

Miré el globo lunar en que se distinguen bastante bien á la simple vista los antiguos mares y la configuración geográfica, pensé en que tal vez aun este habitado por seres organizados de una manera distinta á la nuestra y que pueden unir en una atmósfera rarificada hasta el exceso; pero lo que mas me llamaba la atención era ese revolver rápido entorno de la Tierra, á razón de un kilómetro—mil diez y siete metros—á cada batir del péndulo, de sesenta y un kilómetros

por minuto, de tres mil seiscientos sesenta por hora, de ochenta y siete mil ochocientos sesenta y nueve por día, y de dos millones cuatrocientos mil por revolución mensual.

Véala con la imaginación á la Luna girando al rededor de nosotros de Oeste á Este y cumpliendo su revolución en menos de un mes; y al mismo tiempo sentia, por decirlo así, el movimiento diurno de la Tierra al rededor de su eje, movimiento realizado también de Oeste á Este y que, en apariencia, hace girar al cielo en torno de nosotros y en sentido contrario de aquella dirección.

En tanto que así soñaba, la Luna en efecto se habia desalojado sensiblemente y bajaba al Occidente hacia el campanario de Chievesa. Movimientos terrestres y celestes más suaves que los de las góndolas que se deslizan en el límpido espejo, que nos arrebatan en la realidad como en un sueño, que miden muchos dias y muchos años. Nos vamos nosotros, sombras fugitivas, y ellas persisten.

Ya esplendias sobre las aguas argentadas por la claridad, oh Luna silenciosa, esfinge del cielo, cuando, hace millones de años, la humanidad terrestre alcanzaba en los limbo de las posibilidades futuras su brote tan

lento por venir. Animales extraños poblaban las selvas de que los continentes estaban cubiertos, peces fantásticos se perseguían en el seno de las ondas; hendían los aires, vampiros; cocodrilos bípedos que parecen antepasados de los de la mitología egipcia, se dejaban ver en los claros, á orillas de los ríos. Más tarde brillaste también sobre el nacimiento de las primeras flores, sobre los nidos de las primeras aves; pero cuántas noches alumbraste también con tu pálida luz antes de que por primera vez fuera á tí una mirada humana, antes de que por primera vez volara hasta tí un pensamiento humano! Hoy mandas tu luz á una humanidad populosa y activa, á ciudades florecientes, á palacios de mármol levantados en medio de las ondas. Ha un momento, en la góndola que pasó bajo mis pies, una pareja enamorada te tomó por testigo de eternos juramentos, olvidando que tus fases tan rápidas imágenes son de nuestras variaciones y de nuestra pequeñez. Sí, tú fuiste la confidente de muchos misterios, y por mucho tiempo aún la radiosa juventud cantará bajo los cielos su eterna canción de amor; pero vendrá un día en que ya no domines, callada reina de la noche, sino sobre un cementerio

de hielos, ni recibas la luz del Sol que también habrá de apagarse, ni haya aquí relojes que midan tus horas ni seres humanos que las cuenten.

De esta suerte soñaba, iluminado por la intensa claridad que parecía agrandar todas las sombras y ahuecar todos los abismos al pie de los palacios que se hundían en el agua negra.

Ese mundo cercano rueda á noventa y seis mil leguas de aquí. Con empuje de alase traslada el allá pensamiento. Con la velocidad de propagación de la luz, esa distancia se franquea en un segundo y un tercio.

Volé con el pensamiento hasta esa luz de arriba. Olvidé á Venecia, al Adriático y á la Tierra, y me sentí arrebatado hasta mucho más allá de nuestra atmósfera aérea.

